

PRIMERA CONVERSACIÓN

—Tengo miedo, no me gusta este lugar. Nunca me han gustado —le dije.

—Tendrás que acostumbrarte —replicó mi compañero.

—¿Y no podremos movernos de acá? —pregunté.

—Los límites están marcados —fue su respuesta, para él evidente. Para mí, no.

—¿Y podremos salir de donde nos dejaron? —insistí sobre lo mismo.

—¡Cállate! Que aún no sellan tu sarcófago.

DOS BEBIDAS

Discutía con un maestro experto en filosofía oriental y practicante de una de sus principales ramas, sobre la vacuidad del ser y la inmaterialidad del alma, en relación a la bondad infinita como fuente de la beatitud. En habla hispana, nadie conocía a Nāgārjuna mejor que él.

Cuando se disponía a comentar su principal tesis, se acercó el mozo a nuestra mesa, trayéndonos las bebidas que pedimos, a mí una Coca-Cola con dos hielos y a él una infusión de té con pétalos de jazmín y un ligero toque de jengibre.

—Acá, señores, lo que solicitaron.

El mozo habló con ese tono amable que casi siempre los caracteriza.

Mi bebida estaba, a mi paladar, perfecta, pero algo ocurrió con el té.

—Pedí un toque ligero de jengibre, y esto es excesivo.

El experto, junto con terminar su sentencia, volcó la taza al suelo y exigió que el mozo limpiara el desastre.

Antes que esta situación escalara a mayores, azoté con mi antebrazo derecho la cara del experto, sin que él se diera cuenta del golpe, porque estaba atento a la reacción del mozo.

No estaba convencido de sus tesis, y no iba a tolerar que él ni nadie importunara el consumo de una óptima bebida. ¹

¿TE QUEDARÁS MAÑANA?

I

¿Te quedarás mañana?

Recuerdo que eso fue lo que le pregunté la primera noche que estuvimos juntos. Luego fuimos felices unos años —cinco, o tal vez seis—, tuvimos un hijo que hoy vive en el extranjero —ya de veinticinco años—, después me engañó con su mejor amigo. Vieja historia, ja. Luego nos separamos.

Cuando dejé la casa, borré todos los mensajes que tenía en las redes de ella y eliminé sus *mails*, o eso creí hasta esta mañana, porque encontré uno.

No sé por qué no se borró, y ahora lo estoy leyendo y están los datos de acceso a su cuenta corriente y tarjetas. Nunca he cometido ningún delito, nunca la engañé. Hoy tengo problemas económicos y el amigo de ella —que ahora es su pareja— es mi jefe en la empresa. A decir verdad, ni siquiera es mi jefe directo, porque está a solo un escalón del dueño y yo en el piso, limpiando.

¿Te quedarás mañana?

Fue lo que le pregunté la primera vez que hicimos el amor, y ahora que le robaré lo que tiene en su cuenta y tarjetas, le enviaré un *mail* y le preguntaré:

¿Con qué te quedarás mañana?

II

No envié ningún *mail*. Cambió las claves de sus tarjetas.

¹ Cuento inspirado en documental: “Cómo un escándalo de abuso sacudió a la comunidad budista | DW”.

CONSISTENCIA CELESTIAL

—¿Qué haremos? —preguntó el obispo.

Hicieron lo de siempre: lo trasladaron a otra diócesis y allí volvió a ocurrir, y otro prelado decidió en el mismo sentido. Una tercera y una cuarta, y una quinta vez, y esta fue la última.

El hechor material fue ajusticiado por una de sus víctimas. Los autores intelectuales de púrpura rezaron por su eterno descanso, y no confesaron los crímenes perpetrados.

MI GATO PARDO

Perdí a mi gato Pardo. Cuando preguntaban por él, me gustaba aclarar que su nombre era Pardo por su color y no por otra referencia.

Lo extravié hace tres meses. Coloqué carteles en negocios cerca de mi casa, publiqué en las redes avisos de búsqueda, e incluso hablé con cuanto gato veía cerca, para pedirles que me ayudaran a encontrarlo. Nada resultó.

Eso sí, tuve un interesante diálogo con uno de ellos.

—Por favor, mi gato se llama Pardo. Lo perdí hace dos días, es de color café claro y tiene una mancha oscura en su cara. Su pata izquierda trasera es blanca y no café. ¿Me ayudarías a encontrarlo para que regrese a casa? —le pedí al gato.

—Hola, soy Cristino —me respondió—. Haré lo que pueda con mis colegas del sector.

—Muchas gracias, Cristino.

—Eso sí —comenzó Cristino, lamiéndose su pata derecha—: no te puedo asegurar éxito, sí esfuerzo. Pardo es nuestro amigo y ha recibido “El Llamado”.

—¿Llamado? Nunca había escuchado de eso —le dije a Cristino.

—Los nuestros se congregan en cada continente en cavernas. Ninguno que no sea llamado conoce el lugar y si un gato lo recibe, dedica su vida a encontrar el lugar. No puede hacer algo distinto y siempre lo encuentra —terminó por explicarme Cristino.

—Ya veo.

Y supe que no encontraría a mi gato Pardo. Al día siguiente le llevé tres tarros de atún a Cristino, para él y para que compartiera, y desde ese día y todos los días algo de comida les llevo, y los fines de semana pescado, o algo especial como cena.

He conversado en otras oportunidades con Cristino, pero nunca de mi gato Pardo, porque ya sé suficiente. Solo espero que encuentre su caverna y sea feliz, como lo fui yo con él los últimos trece años.

EL CUERO

Les ofrezco lo último que mi hermano escribió, no sé si era para él, o si era para todos.

*Nunca de día, pero de noche se le ve por las orillas del río
y nadie sabe cómo repta ese pez maldito.*

I

*Quando niño creía en **EL CUERO**, así con mayúsculas y negritas. Vivía en el campo, internet era casi una leyenda y solo me podía conectar en la casa de mis abuelos cuando los visitábamos en la ciudad. Si quería leer algo, tenía que recurrir*